

# La elasticidad de los cuerpos

Patricio Jara

## Acto 1

Cuando este niño era estudiante y regresaba desde el colegio hasta su casa, a veces le gustaba imaginar que él y sus amigos viajaban con él dentro de un tanque que cruzaba el desierto. Era un armatoste viejo que traqueteaba desde un punto inexacto de la costa hasta un punto inexacto de la cordillera. Los que iban en el carro eran sus mejores amigos. Iba el niño Carrasco, el niño Wegmann, el niño Salazar y el niño Ovalle. También el niño Araya, el niño Cortés y a veces también el niño Avendaño, de quien no podía afirmar entonces que fuese su amigo, pero finalmente terminó siéndolo durante varios años luego de que saliera del colegio. No estaban vestidos con uniforme militar ni dispuestos a batalla alguna. Iban con shorts, poleras o la ropa que entonces solían ocupar para hacer educación física antes de que exigieran usar la camiseta del colegio. El tanque, más que con proyectiles u otra clase de armamento, iba cargado con provisiones para soportar la travesía que, calculaban, podía tomar dos a tres días. Llevaban, además de combustible, agua, pan, latas de atún, algunos jugos en caja, cigarrillos y fósforos. Pero ciertas veces, cuando estaba de mal humor, este niño también incluía algunas ametralladoras y granadas para atacar a sus compañeros que detestaba y permanecían refugiados en algún punto de la cordillera. Ellos también estaban armados, de modo que el tanque avanzaba más rápido porque iban a pelear. El trayecto en línea recta desde el colegio hasta su casa que este niño solía transitar lo cubría, sin pausa, en veinte a veintidós minutos, de modo que cuando faltaba una cuadra para llegar, dejaba de pensar en el tanque y en sus amigos y en sus enemigos. Llegaste, niño, le decía su abuela.

## Acto 2

Cuando poco tiempo después este niño entró a estudiar ingeniería, siempre caminaba desde su casa a la facultad y le gustaba imaginar que él y sus compañeros de carrera más cercanos iban en uno de los lanchones que antes de las ocho de la mañana veía cruzar la costa desde la caleta hasta algún sitio improbable al otro lado de la ciudad. A la distancia no eran más que botecitos desplazándose lentamente por el agua quieta y gris de la mañana (cuando el día amanecía soleado, no pensaba en nada). Abordo de uno de esos lanchones iba también el joven Labarca, el joven González, el joven Arcos y el joven Baeza, aunque éste último estudiaba otra carrera en otra universidad y aún no conocía a ni a ninguno de los otros. Era un lanchón viejo, un albacorero cargado de redes, arpones y tambores sellados al vacío para capturar a los peces. Apenas asomaba la aleta debían lanzarle el arpón amarrado a uno de los tambores mediante una cuerda gruesa. Así el animal no podría sumergirse por la presión del tambor y de tanto hacer fuerza, moriría al poco rato. Aunque ciertamente ninguno sabía de aquella técnica ni de nada sobre el arte de la caza de la albacora, de todos modos iban felices en aquel viaje, aunque probablemente sin saber que llevaban una cuota de combustible limitada. El único que estaba enterado de esto era este niño, pero no se imaginaba dando esa noticia. De todas formas, el grupo llevaba reservas de agua, de pan, de atún enlatado. También de cigarrillos, encendedores, linternas con pilas, una o dos jabs de cervezas de litro y algunas botellas de pisco y limones. A poco de completar los quince minutos de caminata desde su casa, este niño veía el edificio de la facultad, las ventanas de las salas y dejaba de pensar en la travesía mar adentro. Saludaba a sus compañeros y luego entraban a clases.

### Acto 3

Ocho años más tarde, cuando este niño regresa del trabajo a su departamento, se baja de la micro y camina exactamente dos cuadras y media desde el paradero hasta la puerta del edificio. Sube tres escaleras de doce peldaños cada una hasta quedar frente a su puerta. Echado en su cama, hay veces en que piensa en las compañeras de trabajo de su sección e imagina cómo sería pasar un fin de semana con alguna en una cabaña en el bosque o en algún balneario. Sucesivamente van pasando por la cabaña cada una de ellas. A veces también aparecen algunas actrices de películas pornográficas que vio durante el colegio, luego en la universidad y que memorizó inevitablemente sus nombres. Mientras está en eso, este niño se anima a pensar en las provisiones que llevará con sus compañeras al camping y enumera algunas, aunque no dura mucho, pues de inmediato se imagina en la cama con las chicas, se quita el short del pijama y comienza hasta que acaba. Luego apaga la luz y se duerme. A veces sueña con una sala de clases en llamas. Es un incendio sin detalles.